

Mo Hayder

El ritual

Traducción del inglés de
Rubén Martín Giráldez

Siruela

Nuevos Tiempos / Policiaca

Para Adam

En algún punto del remoto desierto del Kalahari, en Sudáfrica, incrustado en el ocre y seco *veld*, hay un pequeño pozo cubierto de algas en el fondo de un cráter. Un pozo de lo más común, salvo por su inmovilidad; el observador ocasional no le prestaría mucha atención, no le haría sospechar nada. A menos que pretendiese bañarse allí. O meter un pie. Entonces se daría cuenta de que algo no encaja. Hay algo raro.

Para empezar, se daría cuenta de que el agua está fría. Helada, de hecho. Un frío que no pertenece a este planeta. Un frío proveniente de siglos y siglos de silencio, de los más antiguos recovecos del universo. Y, a continuación, advertiría que aquello está casi vacío de vida, habitado únicamente por un puñado de pececillos descoloridos. Por último, si alguien fuese lo bastante estúpido como para meterse a nadar, descubriría el funesto secreto: este pozo no tiene márgenes ni fondo, no es más que una línea que lleva directamente al corazón de la tierra. Tal vez entonces le asaltaría un pensamiento susurrado una y otra vez en la lengua ancestral de la gente del Kalahari: «Este es el camino que lleva al infierno».

Es la Sima del Bosquimano. El Boesmansgat.

1

13 de mayo

Un martes de mayo, justo después de almorzar y a más de dos metros y medio de profundidad bajo el «puerto flotante» de Bristol, los dedos enguantados de la sargento *Pulga* Marley, del equipo de buzos de la Policía, tropezaron con una mano humana. La pilló un poco desprevenida encontrarla con tanta facilidad, así que agitó las piernas sorprendida y del fondo se levantó una nube de cieno y combustible de motores que hizo bascular el peso de su cuerpo hacia atrás y tiró de su chaleco compensador de manera que comenzó a ascender. Tuvo que doblarse hacia abajo y meter la mano izquierda bajo los tanques flotantes, soltar un poco de aire del traje a fin de estabilizarse lo suficiente como para alcanzar el fondo y tomarse su tiempo palpando el objeto.

Allí la oscuridad era absoluta, como si le hubiesen tapado la cara con barro, y no podía ver lo que tenía cogido. El buceo de ríos y puertos generalmente había que hacerlo a tientas, así que le tocaba ser paciente, dejar que la cosa fuese revelando su forma al tacto, descargar una imagen mental de aquello. La palpó con suavidad, con los ojos cerrados, contó los dedos para confirmar que era humana, a continuación se concentró en distinguir cada uno de los dígitos: primero el anular, doblado a la inversa del suyo, y gracias a eso pudo deducir cómo estaba colocada la mano, con la palma hacia arriba. Hizo cábalas a toda velocidad para imaginarse la postura del cuerpo..., probablemente de costado. Dio un tirón de prueba. En lugar de encontrarse con un peso conectado a la extremidad, la mano flotó sin ofrecer resistencia fuera del cieno. En el punto en el que debería estar la muñeca no había más que hueso pelado y cartílago.

—¿Sargento? —dijo el agente Rich Dundas a través del auricular. En medio de aquella oscuridad claustrofóbica, la voz pareció tan cercana que le hizo dar un respingo. Su compañero estaba

arriba, en el muelle, haciendo el seguimiento junto al auxiliar de superficie, que iba soltando cabo y controlaba el panel de comunicaciones—. ¿Cómo va? Estás justo en el punto indicado. ¿Ves algo?

El testigo declaraba haber visto una mano, solo una mano, nada del cuerpo, y aquello había preocupado a todo el equipo. Nadie había oído hablar jamás de un cadáver que flotase bocarriba, de eso se encargaba la descomposición, que los hacía flotar bocabajo, con los brazos y las piernas colgando. Una mano era lo último que tendría que verse. Pero ahora el planteamiento empezaba a ser distinto: aquella mano estaba cortada por la zona más delgada, la muñeca. Era solo una mano, no un cuerpo. De modo que no se había tratado de un cadáver flotando, contra todas las leyes de la física, bocarriba. Aun así, seguía habiendo algo extraño en la declaración del testigo. Volvió a colocar la mano para hacerse una idea del lugar en el que estaba depositada (pequeños detalles que necesitaría para su propio informe como testigo). No la habían enterrado. Ni siquiera podía decir que la hubiesen metido en el barro. Estaba ahí tirada.

—¿Sargento? ¿Me oyes?

—Sí, te oigo.

Recogió la mano con cuidado y fue hundiéndose lentamente para moverse sobre el cieno del fondo del puerto.

—¿Sargento?

—Sí, Dundas. Ya. Sigo aquí.

—¿Has encontrado algo?

Tragó saliva. Giró la mano de manera que los dedos quedasen sobre los suyos. Debería responderle a Dundas que aquello eran «cinco campanas». Objetivo localizado.

Pero no lo hizo.

—No. Todavía nada. Nada aún —dijo, por el contrario.

—¿Qué sucede?

—Nada. Voy a echar un vistazo por los alrededores. Cuando tenga algo te aviso.

—Muy bien.

Hundió un brazo en el fango y se obligó a pensar con lucidez. Primero dio un tirón suave al cabo para que bajase y lo palpó hasta tocar la etiqueta que señalaba los siguientes tres metros. En la superficie parecería que cogía cuerda de manera natural, daría la impresión de que estaba nadando por el fondo. Cuando llegó a la etiqueta se metió el cabo entre las rodillas para mantener la presión y se tumbó en el cieno como le había enseñado a su equipo que debían hacer

si sufrían una sobrecarga de dióxido de carbono, bocabajo para que la máscara no se les despegase de la cara, las rodillas tocando casi el barro. La mano cerca de la frente, como si estuviese rezando. Dentro de su casco de comunicaciones todo era silencio, solo se oía el siseo de la estática. Ahora que había encontrado el objetivo tenía tiempo. Desenchufó el micrófono de la máscara, se tomó un respiro para cerrar los ojos y comprobar su equilibrio. Se concentró en un punto rojo de su mente y aguardó a que comenzase el baile. Pero no lo hizo. Se quedó fijo. Siguió muy, muy quieta, esperando, como siempre hacía, a que se le ocurriese algo.

—¿Mamá? —susurró, irritada por lo esperanzada y susurrante que sonó su voz dentro del casco—. ¿Mamá?

Esperó. Nada. Como siempre. Se concentró más, presionando ligeramente los huesos de la mano para conseguir familiarizarse con aquel trozo de carne de un desconocido.

—¿Mamá?

Algo surgió ante sus ojos, que empezaban a picarle. Los abrió, pero nada: solo la acostumbrada negrura sofocante de la máscara, la vaga luz pardusca del cieno culebreando delante del cristal y el sonido envolvente de su propia respiración. Se esforzó por no llorar, deseando decir en voz alta: «Ayuda, mamá, por favor. Te vi anoche. Te vi seguro. Y sé que estás intentando decirme algo... Lo que pasa es que no logro oírte bien. Por favor, cuéntame lo que intentabas decirme».

—¿Mamá? —susurró, y, al poco, avergonzada—: ¿Mami?

Su voz rebotó provocando ecos en su cabeza, aunque al volver, en lugar de «Mami», sonó como «Idiota, más que idiota». Echó hacia atrás la cabeza y respiró hondo, luchando con todas sus fuerzas por no derramar una sola lágrima. ¿Qué esperaba? ¿Por qué era siempre aquí, debajo del agua, donde le entraban ganas de llorar? Era el peor lugar posible: llorar dentro de una máscara que no podía quitarse, a diferencia de los buceadores deportivos. Igual era obvio que se sentía más cerca de su madre en sitios así, pero no era solo eso. Desde que tenía uso de razón el agua había sido el lugar donde podía concentrarse, experimentar una especie de paz mientras flotaba, como si allí abajo pudiese abrir canales imposibles de abrir en la superficie.

Esperó unos minutos más, hasta que las lágrimas estuvieron a buen recaudo y tuvo la seguridad de que no la cegarían ni la pondrían en evidencia cuando emergiese. Entonces suspiró y sostuvo en alto la mano amputada. Tenía que acercarla a la máscara, que ro-

zase la visera de metacrilato, porque así de cerca tienes que tener las cosas para conseguir un mínimo de visibilidad. Y entonces, al observar de cerca la mano, se dio cuenta de qué era lo que no encajaba.

Enchufó el cable del comunicador.

—¿Dundas? ¿Estás ahí?

—¿Qué hay?

Le dio la vuelta a la mano a menos de un centímetro de la visera, examinó la carne grisácea, los bordes destrozados. El que había visto la mano era un viejo. La vio un segundo. Iba de paseo con su nietecita, que quería poner a prueba sus botas rosas nuevas en plena tormenta. Terminaron acurrucados bajo el paraguas y estaban contemplando cómo caía la lluvia sobre el agua cuando vio la mano. Y allí estaba, en la punto exacto donde le había dicho al equipo que la encontraría, encallada bajo el puente flotante. Con aquella visibilidad era imposible que la hubiera distinguido donde estaba ella ahora. Desde el pontón era imposible ver a diez centímetros bajo el agua.

—¿Pulga?

—Sí, estaba pensando... ¿alguno de vosotros sabía que aquí abajo la visibilidad es nula?

Una pausa mientras Dundas consultaba al equipo del muelle. Acto seguido volvió.

—Negativo, sargento. Nadie.

—Entonces, ¿seguro?, ¿visibilidad nula al cien por cien todo el tiempo?

—Diría que con toda probabilidad, sargento. ¿Por qué?

Ella colocó la mano de nuevo donde estaba. Volvería a recogerla con un kit para restos mortales (ni en broma podía nadar hasta la superficie llevándola consigo, se arriesgaba a echar a perder pruebas forenses), pero ahora se ciñó a la búsqueda e intentó pensar. Intentó dar con una clave que explicase cómo el testigo había sido capaz de ver la mano, intentó ceñirse a aquella idea y darle vueltas, pero no sacó nada en claro. Tal vez tenía algo que ver con el motivo por el que había estado despierta hasta las tantas la noche anterior. O eso, o se estaba haciendo mayor. Veintinueve el mes siguiente. «¿Qué te parece, eh, mamá? Tengo casi veintinueve. No pensé que duraría tanto, ¿y tú?».

—¿Sargento?

Recogió cabo lentamente, contra la fuerza del auxiliar de superficie, fingiendo que regresaba por la base del muelle. Ajustó los cables del comunicador para que la conexión fuese correcta.

—Sí, perdón. Me he quedado un poco atontada. Cinco campanas, Rich. He localizado el objetivo. Ahora subo.

Estaba plantada en el muelle, en medio de un frío terrible, con la máscara en la mano, soltando vaho por la boca, y tiritaba mientras Dundas la regaba con la manguera. Había vuelto al fondo para recuperar la mano con un kit de restos mortales, el buceo había concluido y ahora tocaba la parte que más detestaba: la conmoción al salir del agua, la conmoción de estar de vuelta entre los sonidos, la luz y la gente... y el aire, como una bofetada en plena cara. Le hacía castañetear los dientes. Y el puerto tenía una pinta lúgubre, por más que fuese primavera. Había dejado de llover y ahora el débil sol del atardecer hacía resplandecer algunas ventanas, las angulosas grúas de enfrente en la dársena de la Great Western y los arcoíris aceitosos que flotaban en el agua. Habían establecido una zona privada en una plataforma de madera de pino tratada en la parte de atrás de un restaurante de la costa, El Foso, de modo que el equipo, todos con sus chubasqueros amarillo fluorescente, despejó las mesas de fuera y organizó su material: bombonas de oxígeno, sistema de comunicaciones, balsa de espera, tabla (todo diseminado entre los charcos de agua de lluvia que se formaban en la plataforma).

—Cree que estás en lo cierto.

Dundas cerró la manguera e hizo un gesto con la cabeza en dirección al ventanal del restaurante donde se veía el reflejo borroso e impreciso del coordinador de la Policía Científica, que miraba la bolsa amarilla que Pulga tenía a sus pies con la mano dentro.

—Lo sé —contestó Pulga con un suspiro mientras aflojaba la máscara y se sacaba los guantes de protección reglamentarios—. Pero a simple vista, quién lo diría, ¿eh?

No era ni el primero ni el último miembro amputado que sacaba de los barrizales que rodeaban Bristol, y salvo por lo que evidenciaba sobre la tristeza y la soledad de la muerte, una mano cortada tampoco era nada del otro mundo. Habría una explicación para ello, algo deprimente y prosaico, probablemente un suicidio. Con frecuencia, la prensa vigilaba la operación policial a través de sus *zooms* desde el otro lado del puerto, pero ese día no había nadie en el embarcadero de Redcliffe. El asunto estaba demasiado manido incluso para ellos. Pero el caso es que el coordinador de la Policía Científica, Dundas y ella sabían que aquella mano no tenía nada de normal, que cuando los periodistas se enterasen de lo que se habían perdido se matarían por conseguir una entrevista.

No estaba descompuesta. De hecho, aparte de la herida que había ocasionado la separación, estaba completamente intacta. De modo que todas las alarmas habían saltado de golpe por algo. Así se lo había señalado al de la Científica, cómo diantres la habían separado de su dueño cuando, a juzgar por su aspecto, no parecía que pudiese haberse desprendido simplemente, no sin infligir una herida muy particular, y ella diría que a todas luces las señales en los huesos no parecían mordiscos de peces, sino marcas de una cuchilla. Y el otro le había respondido que no había manera de pronunciarse antes de la autopsia, pero ¿no era una observación a tener en cuenta? Sí, lo era, sobre todo si lo dice alguien que se ha pasado media vida bajo el agua.

—¿Alguien ha hablado con la Capitanía del puerto? ¿Habéis preguntado qué clase de mareas hemos tenido hoy? —preguntó Pulga, mientras su auxiliar de superficie la ayudaba a quitarse el arnés y las bombonas.

—Sí —dijo Dundas, agachándose para enrollar la pistola de la manguera.

Ella observó desde arriba la boina de un rojo vivo que siempre llevaba (de lo contrario, según él, podría calentarse un estadio entero con el calor acumulado en su calva). Sabía que el chubasquero fluorescente ocultaba una constitución robusta y de gran estatura. A veces era difícil ser mujer, tomar decisiones que afectaban a nueve hombres, la mitad de ellos mayores que ella, pero de Dundas no dudaba nunca. Estaba de su lado pasase lo que pasase. Técnico bien preparado, su trato con el personal y el equipo era paternal, y en ocasiones podía ser pero que muy malhablado. En aquel instante se estaba concentrando, y cuando lo hacía era tan bueno que le daban ganas de darle un beso.

—Hoy ha habido marea, pero no hasta después del avistamiento —informó.

—¿Y las esclusas?

—Sí. Se abrieron esta tarde durante veinte minutos, a las 14:00. El capitán del puerto bajó la draga del canal alimentador para descargarlo un poco.

—¿Y la llamada nos llegó a las...?

—A las 13:55. Justo antes de abrir las esclusas. De haberlo sabido, el capitán habría esperado. De hecho, estoy seguro de que hubiese esperado, teniendo en cuenta cuánto nos quieren por estos lares. Siempre dispuestos a desvivirse por nosotros.

Pulga enganchó los dedos bajo la capucha de neopreno y la fue

enrollando sobre su nuca hasta sacársela con suavidad sobre la cara sin pegar demasiados tirones, porque cada vez que examinaba sus capuchas se las encontraba llenas de pelos arrancados de raíz, con perlillas de piel todavía adheridas en los extremos. A veces se preguntaba por qué no estaba tan calva como Dundas. Dejó caer la capucha, se restregó la nariz y miró de soslayo hacia el agua, hacia el Puente de Pero, donde la luz del sol bañaba de oro las trompas gemelas, con St. Augustine's Reach al fondo, donde el río Frome emergía y penetraba en el puerto.

—No sé —masculló Pulga—. Yo más bien diría lo contrario.

—¿A qué viene eso?

Ella se encogió de hombros, miró el trozo de carne gris dentro de la bolsa abierta, entre los pies de ambos, y trató de imaginarse cómo pudo ver la mano el testigo. Pero no hubo manera. Su cabeza continuaba balanceándose, intentando arrastrarla con ella. Pulga se sobrepuso y se dejó caer en una silla con una mano en la frente, consciente de que se había quedado pálida.

—¿Todo bien, Pulga? Dios mío, la verdad es que no tienes muy buena pinta.

Pulga se rio y se pasó los dedos por la cara.

—Pues sí, mira, muy boyante no estoy.

Dundas se acuclilló enfrente de ella.

—¿Qué te pasa?

Ella negó con la cabeza, clavó la mirada en sus piernas embutidas en el traje negro de neopreno, en los charcos de agua que se formaban alrededor de las botas de buceo. Llevaba más horas de buceo a sus espaldas que cualquier otro miembro del equipo, y se suponía que estaba al mando, de modo que lo que había hecho la noche anterior estaba mal, muy mal.

—Ah, nada —dijo tratando de quitarle importancia—. Nada, de verdad. Lo habitual... Es que no duermo bien.

—La mierda sigue, ¿no?

Ella le sonrió y sintió que las gotas de lluvia impactaban en sus ojos. Como jefa de la unidad, también era instructora, y eso a veces suponía meterse en el agua, en lo más bajo de la cadena de mando, para darles a los demás la oportunidad de hacer de supervisor en la inmersión. En el fondo aquello no le gustaba. En el fondo, solo estaba contenta de verdad en días como aquel, en los que ponía a Dundas de supervisor. Dundas tenía un hijo —Jonah—, un hijo ya crecido que le robaba dinero a él y a su exmujer para costearse una adicción, pero provocaba en su padre los mismos sentimien-

tos de culpabilidad que siempre le provocaba a Pulga su hermano Thom. Dundas y ella tenían mucho en común.

—Pues sí. Mierda sin parar. Aun después de tanto tiempo.

—Dos años no es mucho tiempo —comentó él pasándole una mano bajo la axila y ayudándola a levantarse—. Pero te diré una cosa que puede ayudarte.

—¿Qué?

—Come algo, para variar. Una chorrada, lo sé, pero igual te ayuda a dormir.

Ella le devolvió una leve sonrisa, apoyó una mano en su hombro y dejó que la alzase.

—Tienes razón. Mejor que coma. ¿Hay algo en la furgoneta?